

ARGUIJO, JUAN DE (1567-1622)

SONETOS

ÍNDICE

I

A los gigantes que combatieron el cielo

II

A Hércules

III

A Baco

IV

A Faetón

V

A Ícaro

VI

A Sísifo

VII

A Tántalo

VIII

A una estatua de Niobe, que labró Praxiteles, de Ausonio

IX

A Ulises

X

A Narciso

XI

A Ganímedes

XII

A Dafne

XIII

A Dafnes y Apolo efebo

XIV

Psique a Cupido

XV

A Perseo y Andrómeda

XVI

A Ariadna, dejada de Teseo

XVII

A Venus y Adonis

XVIII

A Artemisa y Mausolo

XIX

A Píramo

XX

Al sepulcro de Píramo y Tisbe

XXI

A Leandro

XXII

A Orfeo

XXIII

A Orfeo

XXIV

A Orfeo despedazado

XXV

A Arión músico

XXVI

De Anfión

XXVII

A Príamo

XXVIII

A Polimnéstor que mató a Polidoro

XXIX

A Alejandro invidioso de Aquiles

XXX

A Dido

XXXI

A Dido oyendo a Eneas

XXXII

A Rómulo, que mató a su hermano Remo

XXXIII

A Lucrecia

XXXIV

A Horacio Romano

XXXV

A Escévola

XXXVI

A Curcio

XXXVII

A Curcio

XXXVIII

A Fabio que cunctando restituit rem . Contra Aníbal Africano

XXXIX

A César viendo la estatua de Alejandro en Cádiz

XL

A Julia, hija de Julio César y mujer de Pompeyo

XLI

A Julio César

XLII

A Pompeyo muerto buscando la vida

XLIII

A Julio César mirando la cabeza de Pompeyo

XLIV

A Cicerón degollado por Popilio

XLV

A Troya asolada

XLVI

Profecía de Casandra

XLVII

A las ruinas de Cartago

XLVIII

A las ruinas de Cartago

XLIX

Al río Guadalquivir

L

A Fabio y a Licori ramera

LI

A don Enrique de Guzmán

LII

A don Fernando de Saavedra

LIII

A Damocles que no quiso ser rey

LIV

A Diógenes

LV

A la amistad

LVI

A la felicidad de Eumelo

LVII

A la mudanza de la fortuna

LVIII

A la mudanza de la fortuna

LIX

Al arrepentimiento y recaída

LX

Estímulo a la osadía

LXI

Seguridad del varón justo

SONETOS

I

A los gigantes que combatieron el cielo

Oprime el Etna ardiente a los osados
Encélado y Tifón, qu'el claro asiento
de Júpiter con vano atrevimiento
conquistar intentaron confiados;

Donde sus pensamientos castigados
con pena digna de tan loco intento,
en las cavernas yacen, por violento
rayo de l'alta cumbre derribados.

Vio el cielo l'ambición que impetuosa
cual fuego a lo más alto se avecina,
y con el fuego castigarla quiso

Porque la tierra advierta temerosa
cómo de la soberbia en su ruina
no resta sino el humo por aviso.

II

A Hércules

El jabalí de Arcadia, el león Nemeo,
y el toro a los cien pueblos pavoroso,
cayeron a mis pies, y victorioso
de la hidra me vio el lago Lerneo.

El can de tres gargantas y Tifeo,
fieras guardas del claustro tenebroso,
no estorbaron mi intento generoso,
ni le valió caer al fuerte Anteo.

Ejemplos de mi ilustre vencimiento
son Aqueloo, Busiris y Diomedes,
y el Rey a quien huir Hesperia mira.

Mas, ¿por qué ufano más victorias cuento,
cautivo en tu prisión? ¡Cuánto más puedes
si me rendiste, oh bella Deyanira!

III

A Baco

A ti, de alegres vides coronado,
Baco, gran padre, domador de Oriente,
he de cantar; a ti que blandamente
tiemblas la fuerza del mayor cuidado

Ora castigues a Licurgo airado
o a Penteo en tus aras insolente,
ora te mire la festiva gente
en sus convites dulce y regalado,

O ya de tu Ariadna al alto asiento
subas ufano la inmortal corona,
ven fácil, ven humano al canto mío;

Que si no desmerezco el sacro aliento
mi voz penetrará la opuesta zona,
y el Tibre envidiará al hispalio río.

IV

A Faetón

Pudo quitarte el nuevo atrevimiento,
bello hijo del Sol, la dulce vida;
la memoria no pudo, qu'extendida
dejó la fama de tan alto intento.

Glorioso aunque infelice pensamiento
desculpó la carrera mal regida;
y del paterno carro la caída
subió tu nombre a más ilustre asiento.

En tal demanda al mundo aseguraste
que de Apolo eras hijo, pues pudiste
alcanzar dél la empresa a que aspiraste.

Término ponga a su lamento triste
Climene, si la gloria que ganaste
excede al bien que por osar perdiste.

V

A Ícaro

Osaste alzar el temerario vuelo
Ícaro, vanamente confiado
en mal ligadas plumas, y olvidado
del sano aviso, te acercaste al cielo,

Donde el ardor del que gobierna a Delo,
deshaciendo tus alas, despeñado
te arrojó al mar, a quien tú nombre has dado
y él sepultura a ti en su hondo suelo.

Por más cierto camino el sabio viejo
de tal peligro discurrió seguro,
y a Febo dedicó el cumano templo.

¡Oh, si seguir supieras su consejo
que no quedara en tu castigo duro
de las rendidas alas el ejemplo!

VI

A Sísifo

Sube gimiendo con mortal fatiga
el grave peso qu'en sus hombros lleva
Sísifo al alto monte, y cuando prueba
pisar la cumbre, a mayor mal se obliga.

Cae el fiero peñasco, y la enemiga

suerte crüel su duro afán renueva.
Vuelve otra vez a la difícil prueba
sin que de su trabajo el fin consiga.

No iguala aquélla a la desdicha mía,
pues algún tiempo alivia en su tormento
los hombros a tal carga desiguales.

Sufro mayor con tal porfía,
que un punto no perdona al pensamiento
la importuna memoria de mis males.

VII

A Tántalo

Castiga el cielo a Tántalo inhumano,
que en impia mesa su rigor provoca,
medir queriendo en competencia loca
saber divino con engaño humano.

Agua en las aguas busca, y con la mano
el árbol fugitivo casi toca;
huye el copioso Erídano a su boca
y en vez de fruta aprieta el aire vano.

Tú, qu'espantado de su pena admiras
qu'el cercano manjar en largo ayuno
al gusto falte y a la vista sobre,

¿Cómo de muchos Tántalos no miras
ejemplo igual? Y si cudicias uno,
mira al avaro en sus riquezas pobre.

VIII

A una estatua de Niobe, que labró Praxiteles, de Ausonio

Viví, y en dura piedra convertida,
labrada por la mano artificiosa
de Praxiteles, Niobe hermosa,
vuelvo segunda vez a tener vida.

A todo me dejó restituida,
mas no al sentido, l'arte poderosa;
que no le tuve yo, cuando furiosa
los altos dioses desprecié atrevida.

¡Ay triste! Cuán en vano me consuelo,
si ardiente llanto mana el mármol frío
sin que mi antigua pena el tiempo cure;

Pues ha querido el riguroso cielo,
porque fuese perpetuo el dolor mío,
que faltándome l'alma, el llanto dure.

IX

A Ulises

El griego vencedor que tantos años
vio contra sí constante la fortuna;
el que pudo, sagaz, de la importuna
Circe vencer los mágicos engaños;

El que en nuevas regiones y en extraños
mares temer no supo vez alguna;
el que bajando a la infernal laguna
libre volvió de los eternos daños,

Los ojos cubre y cierra los oídos
de las Sirenas a la vista y canto
y se manda ligar a un mástil duro.

Y negando al objeto los sentidos,
la engañosa belleza y fuerte encanto
huyendo vence, y corta el mar seguro.

X

A Narciso

Crece el insano ardor, crece el engaño
del que en las aguas vio su imagen bella;
y él, sola causa en su mortal querella,
busca el remedio y acrecienta el daño.

Vuelve a verse en la fuente, ¡caso extraño!:
del'agua sale el fuego; mas en ella
templarlo piensa, y la enemiga estrella
sus ojos cierra al fácil desengaño.

Fallecieron las fuerzas y el sentido
al ciego amante amado, que a su suerte
la costosa beldad cayó rendida.

Y ahora, en flor purpúrea convertido,
l'agua, que fue principio de su muerte,
hace que crezca, y prueba a darle vida.

XI

A Ganimedes

No temas, o bellísimo troyano,
viendo que arrebatado en nuevo vuelo
con corvas uñas te levanta al cielo
la feroz ave por el aire vano.

¿Nunca has oído el nombre soberano
del alto Olimpo, la piedad y el celo
de Júpiter, que da la lluvia al suelo
y arma con rayos la tonante mano;

A cuyas sacras aras humillado
gruesos toros ofrece el Teucro en Ida,
implorando remedio a sus querellas?

El mismo soy. No al'águila eres dado
en despojo; mi amor te trae. Olvida
tu amada Troya y sube a las estrellas.

XII

A Dafne

Con presto curso y con veloz denuedo
sigue Apolo la hija de Peneo;
hurtó el uno las alas al deseo
y al otro le prestó sus pies el miedo.

«¿Por qué te alejas, si alcanzarte puedo»,
le dijo, «de mi amor o digno empleo?
¿Piensas, cual Aretusa de su Alfeo,
huir de mí, que al vago viento excedo?»

Alentó la carrera, y ya rendida,
cuidó tener de Dafne la dureza,
tanto se le acercó el amante ciego.

Mas del piadoso padre socorrida,
trocando en árbol la mortal belleza,
burló su brazos, y avivó su fuego.

XIII

A Dafnes y Apolo efebo

«Victorioso laurel, Dafnes esquivas,
en cuyas verdes hojas la memoria
de tu rigor y de mi triste historia
quiero el Amor qu'eternamente viva;

L'antigua palma y l'abundosa oliva
a ti de hoy más inclinarán su gloria;
tú ceñirás en premio de victoria
d'el fuerte vencedor la frente altiva»,

Dijo el burlado Cintio, y a la dura
corteza asido, la contempla, y luego
repite: «¡Dafnes fiera, mármol frío!

Del rayo ardiente vivirás segura,
que no es bien que consienta ajeno fuego
quien pudo resistir al fuego mío».

XIV

Psique a Cupido

A tu divina frente ¡oh poderoso
niño! una venda con trabajo y arte
tejí de oro y colores, donde parte
debuté de tu triunfo glorioso.

En ella se ve atado al victorioso

carro el gran Febo, que la luz reparte,
preso Mercurio, encadenado Marte,
y Vulcano con muestras de celoso.

No se pudo librar con las reales
insignias Iove; mal pudiera Psique
resistir, si a éstos rinde tu fiereza.

Agravan mi prisión mayores males,
pues es fuerza que a un niño sacrifique
mi firme amor, y a un ciego mi belleza.

XV

A Perseo y Andrómeda

Expuesta en firme escollo al mar insano
la no culpada hija de Cefeo
mueve a piedad el reino de Nereo,
remedio a su dolor pidiendo en vano.

Cuando rompiendo el aire con liviano
vuelo se muestra el vencedor Perseo,
que con el gran despojo meduseo
orna glorioso la triunfante mano.

De la doncella el llanto y la hermosura
enviaron a un tiempo al pecho fuerte
de lástima y amor agudas flechas.

Del mar la libra y de la bestia dura,
trocando en vida la temida muerte,
y en nupciales cantares las endechas.

XVI

A Ariadna, dejada de Teseo

«¿A quién me quejaré del cruel engaño,
árboles mudos, en mi triste duelo?
¡Sordo mar, tierra extraña, nuevo cielo!
¡Fingido amor, costoso desengaño!

»Huye el pérfido autor de tanto daño,
y quedo sola en peregrino suelo,

do no espero a mis lágrimas consuelo,
que no permite alivio mal tamaño.

»Dioses, si entre vosotros hizo alguno
de un desamor ingrato amarga prueba,
vengadme, os ruego, del traidor Teseo».

Tal se queja Ariadna en importuno
lamento al cielo; y entretanto lleva
el mar su llanto, el viento su deseo.

XVII

A Venus y Adonis

Después qu'en tierno llanto desordena
Citerea la voz por el violento
fin de su Adonis, y con triste acento
el bosque Idalio a su dolor resuena;

Y en flor, sobre el acanto y azucena
hermosa, trueca el mísero y sangriento
joven, modera el grave sentimiento,
y el ímpetu a sus lágrimas enfrena.

Y no hallando en su tristeza medio,
vuelve al usado ornato, y reflorece
del ya sereno rostro la luz pura.

Así el pesar con la razón descrece,
desesperado el bien, que tal vez cura
a un grande mal la falta de remedio.

XVIII

A Artemisa y Mausolo

Labra Artemisa el grande mausoleo,
que los altos pirámides afrenta
d'el Egipcio soberbio, y no contenta,
busca a su ilustre fe mayor trofeo.

Del tierno y casto pecho en nuevo empleo
hacer sepulcro al muerto esposo intenta,
cuyas cenizas, de su amor sedienta,

bebe con ansias de inmortal deseo.

«En vano», dice, «pretendió la muerte
de ti, dulce Mausolo, dividirme,
y en largo olvido sepultar tu gloria,

»Que de su injuria puede defenderte
mi pecho más que el bronce y mármol firme,
y eternizar mi amor y tu memoria».

XIX

A Píramo

«Tú, de la noche gloria y ornamento,
errante luna, que oyes mis querellas,
y vosotras, clarísimas estrellas,
luciente honor del alto firmamento,

»Pues ha subido allá de mi lamento
el son, y de mi fuego las centellas,
sienta vuestra piedad, oh luces bellas,
si la merece, mi amoroso intento».

Esto diciendo, deja el patrio muro
el desdichado Píramo, y de Nino
parte al sepulcro, donde Tisbe espera.

Pronóstico infeliz, presagio duro
de infaustas bodas, si ordenó el destino
que un túmulo por tálamo escogiera.

XX

Al sepulcro de Píramo y Tisbe

El triste fin, la suerte infortunada,
ajeno premio de la fe constante,
del uno y otro miserable amante,
a quien perdió una noche y una espada,

Oculto en sombra oscura esta labrada
piedra. Tú, peregrino caminante,
repara al grave caso, y con semblante

pío suspende el curso a tu jornada;

Que darás tiernas lágrimas, no dudo,
a estas cenizas donde aún dura ardiente
el fuego que causó desdicha tanta,

Debida compasión al mal que pudo
mudar color en la cercana fuente,
y el de su fruto en la insensible planta.

XXII

A Leandro

En la pequeña luz de Sesto pone
desde el puerto los ojos y, atrevido,
rompe Leandro el mar que, embravecido,
a sus intentos más y más se opone.

Mas él, cuidando que la muerte abone
su grande amor, se ofrece al conocido
peligro, y de las ondas ya vencido,
a amansallas en vano se dispone.

«Ondas», dijo muriendo, «si consiente
vuestro furor de un triste amante el ruego,
sed por un rato a mi dolor piadosas;

»Frenad el curso a la veloz corriente,
mostraos benignas sólo mientras llego,
y cuando vuelva me anegad furiosas».

XXI

A Orfeo

Pudo con diestra lira y dulce canto
bajar Orfeo a la región oscura,
y del dolor que eternamente dura,
el rigor suspender y el triste llanto.

De el divino conciento pudo tanto
la fuerza, y de su fe constante y pura,
que a recobrar su prenda mal segura
halló entrada en los reinos del espanto.

Venturoso amador, si no rompiera
el precepto fatal, y conservara
el bien que con tan largo afán conquista.

Mas ordena, ¡ay dolor!, la suerte fiera
que cuanto con la dulce voz ganara,
vuelva a perder con atrevida vista.

XXIII

A Orfeo

«Desiertas selvas, monte yerto y frío;
Ródope, qu'en el cielo tocar osas;
vosotras, de Estrimón ondas hermosas,
a quien vencer presume el llanto mío,

»Seréis testigos, largo tiempo frío
de mi dolor y quejas lastimosas,
que en vano esparzo al aire y con piadosas
voces al rey del lago oscuro envío».

Así cantando llora el Tracio amante,
y a sus blandos acentos enmudece
el viento, y l'agua su corriente enfrena.

Y enternecidas truecan el semblante
las fieras, corto alivio, mientras crece
del ya perdido bien la justa pena.

XXIV

A Orfeo despedazado

A ti en los versos dulce y numeroso,
oh primer padre de la lira, Orfeo,
lloró por largo tiempo de Nereo
cuanto contiene el término espacioso.

A ti lloró Estrimón, a ti el fragoso
Ródope y altas cumbres de Pangeo,
a ti las Ninfas del sagrado Olmeo,
obligadas del canto generoso.

Tus divididos miembros, no estimados
del bacanal furor que osadamente
los esparció por el ingrato suelo,

Como a precioso don en sus sagrados
senos Ebro recoge, y la prudente
cabeza Lesbos, y la lira el cielo.

XXV

A Arión músico

Mientras llevado de un delfín piadoso
corta Arión el mar, suspende el viento,
y las aguas enfrena el blando acento
de la citara y canto artificioso.

Las Nereidas, dejando el espumoso
albergue, al dulce son de su instrumento
tejen en concertado movimiento
festivo coro en el teatro ondoso.

Tetis, Nereo y Doris con espanto
oyeron su armonía. Ni faltaste,
grande Neptuno; y tú, Glauco, saliste.

¡Oh fuerza ilustre del suave canto!
si la fiera codicia no ablandaste,
ondas, vientos, delfín, dioses venciste.

XXVI

De Anfión

Si pudo de Anfión el dulce canto
juntar las piedras del tebano muro;
si con suave lira osó seguro
bajar el Tracio al reino del espanto;

Si la voz regalada pudo tanto
que abrió las puertas de diamante duro,
y un rato suspendió de aquel oscuro
lugar la pena y miserable llanto;

Y si del canto la admirable fuerza
domestica los fieros animales,
y enfrena la corriente de los ríos:

¿Qué nuevo mal en mi pesar s'esfuerza,
pues con lo que descrecen otros males
se van acrecentando más los míos?

XXVII

A Príamo

Al gran señor de l'Asia y venerado
padre de tantos reyes, ¡suerte fiera!,
falta sepulcro, y yace en la ribera
sin cabeza y sin nombre el cuerpo helado.

Y cuando se ve en Troya derramado
más fuego que contiene l'alta esfera,
falta al desnudo tronco la postrera
llama, y sólo le baña el ponto airado.

e las mudanzas de la instable rueda
fuiste, oh gran rey, ejemplo sin segundo,
y de las vueltas de la incierta vida.

¿Cuál voz habrá que dignamente pueda
tu suerte lamentar? ¿Cuándo vio el mundo
o grandeza mayor o igual caída?

XXVIII

A Polimnéstor que mató a Polidoro

Vuelta en cenizas Troya, y su tesoro
en presa del Mirmídone extranjero,
el codicioso Polimnéstor fiero
la muerte ordena al tierno Polidoro.

¿A qué no obligarás, hambre del oro,
sacrílega codicia del dinero,
si quebrantaste el inviolable fuero
del sagrado hospedaje y real decoro?

Con justa indignación admira el suelo

la culpa avara d'el crüel tirano,
que poco gozará tales despojos.

Nueva venganza le dispone el cielo;
de una anciana mujer la débil mano
hará que su castigo vea sin ojos.

XXIX

A Alejandro invidioso de Aquiles

Sobre el sepulcro del ilustre griego,
que honró con sus cenizas el Sigeo
mejor que a Caria el rico mausoleo,
Alejandro paró y exclamó luego:

«¡Oh gloria de la Grecia, claro fuego
cuya llama las sombras del Leteo
no bastan a encubrir, ni su trofeo
borrar podrá jamás olvido ciego;

»A ti, dichoso joven, guardó el cielo
porque eterno tu nombre al mundo fuera
del gran Homero la divina historia;

»Que si de aquella pluma el alto vuelo
faltara, un mismo túmulo cubriera
tu mortal suerte y tu inmortal memoria!»

XXX

A Dido

La tirana codicia del hermano,
impia ocasión del fin de tu Siqueo,
huiste fiel por el airado Egeo,
Elisa, hasta el término africano;

Donde reliquias del ardor troyano
encendieron en ti nuevo deseo,
y entregaste en infausto himeneo
al teucro engañador la fe y la mano.

Despreciaste, en tu daño presurosa,
la merecida fama que destruyes

con el engaño que obstinada quieres.

¡Oh en ambas bodas poco venturosa!
Muriendo el uno, perseguida huyes;
huyendo el otro, desdeñada mueres.

XXXI

A Dido oyendo a Eneas

De la fenisa reina importunado
el teucro huésped le contaba el duro
estrage que asoló el troyano muro
y echó por tierra el Ilión sagrado.

Contaba la traición y no esperado
engaño de Sinón falso y perjuro,
el derramado fuego, el humo oscuro,
y Anquises en sus hombros reservado.

Contó la tempestad qu'embracecida
causó a sus naves lamentable daño,
y de Juno el rigor no satisfecho.

Y mientras Dido escucha enternecida
las griegas armas y el incendio extraño,
otro nuevo y mayor le abrasa el pecho.

XXXII

A Rómulo, que mató a su hermano Remo

Las armas tomó aprisa el esforzado
Quirino de su hermano mal seguro,
y en la nueva ciudad el primer muro
con la fraterna sangre fue manchado.

Primero dividido que fundado,
sintió el pueblo de Marte el hierro duro,
presagio cierto del rigor futuro
que amenazaba el disponer del hado.

No consintió a sus ojos ver presente
algún igual el ánimo ambicioso,
ni sufrió compañero la corona.

Al natural amor venció impaciente
el amor de reinar más poderoso,
que aun a su misma sangre no perdona.

XXXIII

A Lucrecia

Baña llorando el ofendido lecho
de Colatino la consorte amada;
y en la tirana fuerza desculpada,
si no la voluntad, castiga el hecho.

Rompe con hierro agudo el casto pecho,
y abre camino al'alma que, indignada,
baja a la oscura sombra, do vengada,
aún duda si su agravio ha satisfecho.

Venció al paterno llanto endurecida,
y de su esposo el ruego, que no basta,
menospreció con un fatal desvío.

«Ceda al debido honor la dulce vida,
que no es bien», dijo, «que otra menos casta
ose vivir con el ejemplo mío».

XXXIV

A Horacio Romano

Con prodigioso ejemplo de osadía
un hombre miro en el romano puente,
resistir solo de la etrusca gente
el grueso campo que pasar porfía.

Ni la enemiga fuerza le desvía
ni de su vida el cierto fin presente,
que su valor dejar no le consiente
la difícil empresa en que insistía.

Oigo del roto puente el son fragoso,
cuando al Tibre el varón se precipita
armado, y sale dél con nueva gloria;

Y al mismo punto escucho del gozoso
pueblo las voces, que aclamando grita:
«¡Viva Horacio; de Horacio es la victoria!»

XXXV

A Escévola

Ofrece al fuego la engañada diestra
ante el rey enemigo el esforzado
Scévola, y de aquel yerro no culpado
con afecto espantoso el pesar muestra.

Del fuerte corazón la insigne muestra
el ofendido rey miró turbado,
y aquella mano respetó admirado,
que pudo errando a tantas ser maestra.

«No castigues», le dijo, «generoso
soldado, el fuerte brazo cuyo engaño
me dio vida, y a dártela me mueve.

»Hoy Roma por tu intento valeroso
verá que, libre de tan cierto daño,
más a tu yerro que a sus fuerzas debe».

XXXVI

A Curcio

La horrible sima con espanto mira
en su gran plaza Roma, y el dudoso
portento, grave al pueblo victorioso,
no enseñado a temer, suspenso admira.

En tanta confusión turbado aspira
a buscar el remedio, y presuroso
consulta si de Jove poderoso
se pudiese aplacar la justa ira.

Asegura el oráculo invocado
al pueblo de temor si a la gran cueva
lo más ilustre ofrece de su gloria.

Curcio, de acero y de valor armado,
se arroja dentro, y deja con tal prueba
libre su patria, eterna su memoria.

XXXVII

A Curcio

Ya el fuerte joven, que con muestra hermosa
y con gallardas armas refulgente,
librar intenta la romana gente
de la profunda sima peligrosa,

Abrevia la carrera presurosa,
que no sufre tardanza el impaciente
amor de gloria, y con alegre frente
se arroja en la caverna prodigiosa.

¡Dichoso tú, que contra infaustos hados,
tantas vidas comprando con la muerte,
no recibió tu pensamiento engaño!

Yo, que en más hondo abismo de cuidados
me arrojé, ¿qué esperar podré en mi suerte,
si a nadie causó bien mi mortal daño?

XXXVIII

*A Fabio que cunctando restituit rem.
Contra Aníbal Africano*

Mientras que de Cartago las banderas
triunfar intentan d'el valor romano,
y espera victorioso el Africano
pisar d'el ancho Tibre las riberas,

Tú, grande dictador entre las fieras
trompas, con lento pie y segura mano,
sin sangre derribar pudiste el vano
orgullo de las armas extranjeras.

No te venció de la opinión contraria
el opuesto rumor a tu alabanza,
que fácilmente lo desprecia el sabio.

¡Oh prudente sufrir, oh voluntaria
dilación, por quien Roma ver alcanza
roto a Aníbal, y vencedor a Fabio!

XXXIX

A César viendo la estatua de Alejandro en Cádiz

De Alejandro el trasunto, muda historia
que animó en bronce artificiosa mano,
do fijó sus columnas el Tebano,
César mira, envidioso de su gloria.

Viendo qu'en corta edad larga victoria
ganó d'el orbe el Macedón ufano,
de sus años lamenta el curso vano,
que aún principio no ha dado a su memoria.

«Tú solo», dice, «ilustre joven, viste
glorioso fin de tu alto pensamiento;
tú al mundo grande, a ti pequeño el mundo.

»¿Quién a la excelsa cumbre que subiste
podría llegar o cuál osado intento
presume ser a tu valor, segundo?»

XL

A Julia, hija de Julio César y mujer de Pompeyo

Julia, si de la Parca el furor ciego
permitiera en tu vida más tardanza,
no viera Roma en su mayor pujanza
de las guerras domésticas el fuego;

Que semejante en el piadoso ruego
a las sabinas, la furiosa lanza
redujeras, depuesta la venganza,
a paz alegre y a común sosiego.

Al suspendido daño y armas fieras
tu acelerada muerte abrió camino,
rota la fe que violentada estaba.

Tú sola el istmo destas ondas eras,

mas acabó la fuerza del destino
vida que tantas muertes excusaba.

XLI

A Julio César

Del gran Pompeyo el enemigo fuerte
llega en oscura noche al pobre techo,
do Amiclas con seguro y libre pecho
ni teme daño ni recela muerte.

Ya que llamar segunda vez advierte,
rogado deja el mal compuesto lecho,
y en frágil barca el peligroso estrecho
rompe, presago de siniestra suerte.

Brama furioso el mar sintiendo el peso
que sostiene, y al tímido piloto
César anima, y dice: «Rema, amigo,

»Rema; no temas infeliz suceso
por más que te contrasten Euro y Noto;
la fortuna de César va contigo».

XLIII

A Pompeyo muerto buscando la vida

Del vencedor huyendo, a Lesbos deja
Pompeyo, roto en la Farsalia guerra;
con su esposa se embarca, y a la tierra
que inunda el Nilo por su mal se aleja.

Qu'el hado riguroso que le aqueja
y al extranjero reino le destierra,
en la seguridad que busca, encierra
el mal que dio a Cornelia eterna queja.

Fiera tormenta en el buscado puerto
halla el grande Pompeyo en vez de abrigo.
¿Quién las mudanzas de la suerte ignora?

¿Quién no recelará el suceso incierto,
si le da muerte el obligado amigo,

si el enemigo vencedor le llora?

XLIII

A Julio César mirando la cabeza de Pompeyo

Presenta ufano a César victorioso
el tirano de Menfis inclemente
la temida cabeza que al Oriente
tuvo al son de sus armas temeroso.

No pudo dar el corazón piadoso
enjutos ojos ni serena frente
al don funesto; mas gimió impaciente
de tal crueldad, y repitió lloroso;

«Tú, gran Pompeyo, en la fatal caída
serás ejemplo de la humana gloria
y cierto aviso de su fin incierto.

»¡Cuánto se debe a tu virtud crecida!
¡Cuán costosa en tu muerte es mi victoria!
Vivo te aborrecí, y te lloro muerto».

XLIV

A Cicerón degollado por Popilio

Detén un poco la cobarde espada,
cruel Popilio ingrato, y considera
la injusta empresa que a tu brazo espera
y largos siglos ha de ser llorada.

¿Posible es que se ve tu mano armada
contra el gran Tulio, a quien librar debiera
en igual recompensa de la fiera
muerte a tu ingratitud encomendada?

¡Oh, cuán poco aprovecha la memoria
del recibido bien, que al obstinado
ninguna cosa de su error le muda!

Desciende el golpe sobre l'alta gloria
de la latina lengua: derribado
deja el valor y la elocuencia muda.

XLV

A Troya asolada

El que soberbio a no temer se atreve
la fuerza oculta del violento hado,
y en alegre fortuna confiado
de los dioses creyó el aplauso leve,

Ejemplo tome de mi gloria breve,
en cuyo fin dejó el egipcio armado
el turbio Nilo, y vino el scita osado,
que el puro Tanais y el Oronta bebe.

Troya fui, de los dioses obra ilustre,
honor de l'Asia, hermosa, rica, fuerte,
madre de reinos y del mundo espanto.

Cayó mi gloria, y de su antiguo lustre
sólo ha quedado, ¡oh miserable suerte!,
cenizas viles y afrentoso llanto.

XLVI

Profecía de Casandra

Cuando en horror medroso y ciego espanto
por los teucros discurre Alecto airada,
y el impio acero de la griega espada
hace crecer con frigia sangre al Janto,

Entre los gritos y confuso llanto
de la mísera gente descuidada
alza la voz Casandra, arrebatada
de profético aliento y furor santo.

«En tus cenizas», dice, «oh patria cara,
se guarda el fuego, cuya llama ardiente
hará costosa a Grecia esta victoria:

Otra renacerá de ti más clara
Troya por quien tu nombre eternamente
vuelva a vivir en más dichosa historia».

XLVII

A las ruinas de Cartago

Este soberbio monte y levantada
cumbre, ciudad un tiempo, hoy sepultura
de aquel valor, cuya grandeza dura
contra las fuerzas de la suerte airada,

Ejemplo cierto fue en la edad pasada,
y será fiel testigo en la futura
del fin que ha de tener la más segura
pujanza, vanamente confiada.

Mas en tanta ruina mayor gloria
no os pudo fallecer, ¡oh celebrados
de la antigua Cartago ilustres muros!,

Que mucho más creció vuestra memoria
porque fuistes del tiempo derribados,
que si permaneciérades seguros.

XLVIII

A las ruinas de Cartago

No los mármoles rotos que contemplo,
tristes reliquias de la gran Cartago,
ni de Numancia el miserable estrago,
ni los despojos del efesio templo;

No de Sagunto el fin, único ejemplo
de la lealtad y de su injusto pago,
descrecen mi dolor, ni satisfago
con su memoria al mal que nunca templo.

Bien que prueba tal vez la fantasía,
aunque en vano, aliviar mi desventura
con la grandeza de desdichas tales;

Mas la razón advierte que confía
en remedio engañoso quien procura
con los ajenos consolar sus males.

XLIX

Al río Guadalquivir

Tú, a quien ofrece el apartado Polo,
hasta donde tu nombre se dilata,
preciosos dones de luciente plata,
que envidia el rico Tajo y el Pactolo;

Para cuya corona, como a solo
rey de los ríos, entreteje y ata
Palas su oliva con la rama ingrata
que contempla en tus márgenes Apolo;

Claro Guadalquivir, si impetuoso
con crespas ondas y mayor corriente
cubrieres nuestros campos mal seguros,

De la mejor ciudad, por quien famoso
alzas igual al mar l'altiva frente,
respeta humilde los antiguos muros.

L

A Fabio y a Licori ramera

De la astuta Licori a los umbrales
te vio saliendo el sol, o Fabio amigo;
creció en su luz el día, y fue testigo
de tu lamento y quejas desiguales.

Oyó también el Héspero tus males,
la blanca luna se dolió contigo;
mas el ingrato dueño, tu enemigo,
ni aun de corta piedad mostró señales.

¿Cuál otro galardón en tal porfía,
inútil yedra de su puerta, esperas?
¿Hasta cuándo tu propio engaño adoras?

Huye la fiera Circe y cruel harpía,
que alegre en ver que por su causa mueras,
riendo está lo mismo que tú lloras.

LI

A don Enrique de Guzmán

Enrique, cuatro veces el estío
robó al florido campo sus colores,
y el verano otras tantas vertió flores
por los márgenes verdes deste río,

Después qu'en lisonjero desvarío,
sulcando el falso mar de los amores
corrí fortuna, y roto, entre clamores
dados en vano, se anegó el navío.

Vivo, a tierra salí; besé la arena,
y los despojos de la ondosa furia
pagué, cumpliendo el voto, al sacro templo.

¿Que me llama otra vez la faz serena
del mar? Vuelva por mí mi propia injuria,
y de la ajena baste en ti el ejemplo.

LII

A don Fernando de Saavedra

Mira con cuánta prisa se desvía
de nosotros el sol al mar vecino,
y aprovecha, Fernando, en tu camino
la luz pequeña deste breve día,

Antes que en tenebrosa noche fría
pierdas la senda y de buscarla el tino,
y aventurado en manos del destino
vagues errando por incierta vía.

Hágante ajenos casos enseñado,
y el miserable fin de tantos pueda
con fuerte ejemplo apercibir tu olvido.

Larga carrera, plazo limitado
tienes, veloz el tiempo corre, y queda
sólo el dolor de haberlo mal perdido.

LIII

A Damocles que no quiso ser rey

Si sobre su cabeza ve pendiente
de un sutil hilo la desnuda espada;
si cada punto espera ver llegada
la postrer hora, y mira el fin presente,

¿Qué mucho si despida de su frente
Damocles la corona, y la estimada
púrpura menosprecie, que obligada
a tal temor y a tal peligro siente?

En aparente bien cubierto daño
descubrió del imperio codicioso,
y en dudoso placer tormento fiero.

Hazaña fue del claro desengaño,
qu'el cetro renunciase un ambicioso,
y dijese verdad un lisonjero.

LIV

A Diógenes

Con una lumbre en la mayor del día,
corre la llena plaza atentamente
Diógenes, mostrando entre la gente
buscar alguna cosa que no vía.

Mas el curioso pueblo, que atendía,
la causa pide; y el varón prudente,
«busco un hombre», responde, y diligente,
con nuevo ahínco vuelve a su porfía.

¡Qué maravilla que buscase un hombre
el sabio entre aquel número perdido
que imitaba de fieras las costumbres,

si en los que hoy más se precian deste nombre
y en mejor siglo, oh mal, poco sentido,
le hallarán apenas muchas lumbres!

LV

A la amistad

Contienden por morir en importunas
porfía Orestes y el focense amigo;
Niso se ofrece al rúculo enemigo,
y acompaña del teucro la fortuna.

En la fe de Damón sospecha alguna
no sufre Pitias, aunque ve el castigo,
ni rehusa bajar Teseo contigo,
Pirítoo fiel, a la infernal laguna.

Pólux con Cástor parte el don divino,
y porqu'el Orco satisfecho quede,
muriendo compra la fraterna vida.

Teme vivir el joven Prenestino
faltando Caspio. Tales cosas puede
de la amistad la fuerza no vencida.

LVI

A la felicidad de Eumelo

En segura pobreza vive Eumelo
con dulce libertad, y le mantienen
las simples aves, que engañadas vienen
a los lazos y liga sin recelo.

Por mejor suerte no importuna al cielo,
ni se muestra envidioso a la que tienen
los que con ansia de subir sostienen
en flacas alas el incierto vuelo.

Muerte tras largos años no le espanta,
ni la recibe con indigna queja,
mas con grato sosiego y faz amiga.

Al fin muriendo con pobreza tanta,
ricos juzga sus hijos, pues les deja
la libertad, las aves, y la liga.

LVII

A la mudanza de la fortuna

Yo vi del rojo sol la luz serena
turbarse, y que en un punto desaparece
su alegre faz, y en torno se oscurece
el cielo, con tiniebla de horror llena.

El Austro proceloso airado suena,
crece su furia, y la tormenta crece,
y en los hombros de Atlante se estremece
el alto Olimpo, y con espanto truena;

Mas luego vi romperse el negro velo
deshecho en agua, y a su luz primera
restituirse alegre el claro día,

Y de nuevo esplendor ornado el cielo
miré, y dije: ¿Quién sabe si le espera
igual mudanza a la fortuna mía?

LVIII

A la mudanza de la fortuna

Vierte alegre la copia en que atesora
bienes la primavera; da colores
al campo y esperanza a los pastores
del premio de su fe la bella Flora.

Pasa ligero el sol a donde mora
el cancro abrasador, qu'en sus ardores
destruye campos y marchita flores,
y el orbe de su lustre descolora.

Sigue el húmido otoño, cuya puerta
adornar Baco de sus dones quiere;
luego el invierno su rigor extrema.

¡Oh variedad común, mudanza cierta!
¿Quién habrá qu'en sus males no te espere?
¿Quién habrá qu'en sus bienes no te tema?

LIX

Al arrepentimiento y recaída

Otras dos veces del furioso Noto
probé las iras en el mar turbado,
y no volver jamás a tal estado,
arrepentido prometí y devoto.

De la deshecha jarcia y leño roto
di los despojos al altar sagrado,
y apenas pisé el puerto deseado,
cuando olvidé el peligro y rompí el voto.

Y ahora que en continua y fiera lucha
mar y vientos se esfuerzan en mi daño
y sus enojos aplacar porfío,

Mis sordas voces sin piedad escucha
el justo cielo. ¡Oh inútil desengaño,
cuán tarde llegas al remedio mío!

LX

Estímulo a la osadía

Pues ya del desengaño la luz pura
descubre el vano error de mi cuidado,
y d'el camino qu'escogí engañado,
me reduce a otra senda más segura.

¿Cómo no rompo el lazo que en tan dura
prisión me tiene torpemente atado?
¿Por qué tardo? ¿Qué espero, sepultado
del hondo olvido en la región oscura?

¡Afrentoso temor, tarda pereza
qu'estorbáis la victoria al desengaño!
Ríndase a su valor vuestra porfía.

No se diga, culpando mi flaqueza:
«Al que atrevido se arrojó en su daño
para seguir el bien faltó osadía».

LXI

Seguridad del varón justo

Aunque en soberbias ondas se revuelva

el mar, y conmovida en sus cimientos
gima la tierra, y los contrarios vientos
talen la cumbre en la robusta selva;

Aunque la ciega confusión envuelva
en discordia mortal los elementos,
y con nuevas señales y portentos
la máquina estrellada se disuelva;

No desfallece ni se ve oprimido
del varón fuerte el corazón constante,
que su mal como ajeno considera.

Y en la mayor adversidad sufrido,
la airada suerte con igual semblante
mira seguro y alentado espera.